

## “CORAZONES... SIN RAZONES” de Ángela Aranda Roig

---

Mi madre siempre me habla de lo que llama “las señales”. Me dice que debo estar atenta para comprender. La verdad es que no había pensado en ello, pero ya hace un tiempo que presto atención. Todo comenzó andando por la calle. No era un día muy lluvioso, pero habían caído unas gotas y luego salió el sol. Aproveché para salir un rato con la excusa de hacer una fotografía para un trabajo de clase y de paso airearme un poco...no me gusta estar demasiado rato estudiando. Aunque saco buenas notas, la mayoría de asignaturas no me resultan nada atractivas, más bien al contrario, me aburren soberanamente. Rutina sin emociones, sin motivación. Espero que al llegar a la universidad esto cambie, aunque ya estoy acostumbrada a oír en casa que la motivación no existe...existen personas motivadas.

Pensé que podría hacer una foto divertida enfocando mis zapatillas junto a un charco que había elegido al azar. Al buscar el mejor ángulo, encuadrando la imagen con mi móvil, me di cuenta de que el charco junto a mis pies dibujaba, con su agua un poco negruzca, un corazón casi perfecto que dejaba entrever el reflejo de mi silueta. Me llamó la atención. La foto captó el instante. No volví a pensar más en ello hasta que los corazones empezaron a aparecer caprichosamente en los lugares y los objetos más insospechados tanto dentro como fuera de casa, sin buscarlos. Una nube en el cielo, un trozo de pan después de ser mordido, una piedra de la playa, la hoja de un árbol, un papel arrugado, la espuma que deja el café o la salsa en un plato y así sucesivamente. En realidad, si me fijaba un poco, podía encontrar corazones...sin razones, como el gran lunar marrón en forma de corazón que tenía en la sien un hombre que se cruzó conmigo en la calle hace pocos días. Seguramente, sin percatarme de ello, me habían acompañado desde que nací.

A mi madre le hace gracia y parece no sorprenderse demasiado cuando se lo cuento. Me mira con calma, con sus profundos ojos negros, sonriendo con la tranquilidad del que se sabe protegido. Me recuerda que piense en ello y en todo. ¿Pensar en todo? Me hace parar y me invita a la reflexión. Dice que voy demasiado acelerada y que quiero todo de inmediato, sin dar las gracias, sin ser consciente de lo afortunada que soy. No soy paciente, en eso tiene razón.

Ella está acostumbrada a mirar, como miran los artistas, en profundidad, viendo más y mejor. Puede que por ese motivo entrar en mi casa sea adentrarse casi en una escenografía llena de mullidas alfombras sobre la oscura madera del suelo, con muebles bien elegidos, lámparas, esculturas y cuadros de variados tamaños y técnicas. Pinceladas de óleos, acrílicos, acuarelas y trazos de carboncillos acompañan a los libros, montañas de libros y todo tipo de objetos bellos y singulares que, milagrosamente, encuentran su equilibrio encajando en una atmósfera bohemia y clásica, casi siempre con flores frescas. Un ambiente propicio para las artes, perfumado con música. Mezcla de tradición y vanguardia. Tradición familiar para recordar de dónde venimos y vanguardia práctica y funcional que mira al futuro. Continuidad entre generaciones.

¿Por qué corazones? Ya se sabe que un corazón representa claramente sentimientos y emociones. Engloba la vida. Y en la vida, como en el arte, alma y corazón son motores imprescindibles. ¿Qué sería del arte sin alma? Un símbolo universal, fuente de vida, que transmite mensajes sin necesidad de usar las palabras, manteniéndonos conscientes y conectados con el mundo, con la vida, con la naturaleza y la humanidad.

Comencé a comprobar que las “apariciones” de los corazones quizá podrían estar relacionadas con respuestas que estaba buscando, sobre todo de la universidad en la que había solicitado plaza, pero tampoco quería hacer demasiado caso. Era tan difícil lograr el acceso que ahuyentar las ilusiones evitaría desencantos. Casualidades o guiños del universo a modo de fognazos de intuición, mensajes de aprobación. Asombroso. Señales de espiritualidad o directamente providencia divina que iba enlazando, con su suave y resistente hilo, los acontecimientos marcando el camino. Tiempo de cambios.

La gran habitación azul guardaba todo tipo de enseres. Pensada inicialmente como despacho, la poderosa mesa barroca ligeramente ladeada en el centro de la sala resaltaba, con sus delicados dorados, sobre el resto de la habitación. La moderna lámpara de diseño minimalista sobre ella dejaba, con su intensa y certera luz, en penumbra el resto, casi borroso, desvaído. Lugar perfecto para la concentración. Una isla-oasis en medio de cuadros, papeles, un viejo sofá de terciopelo oscuro a juego con los gruesos cortinones y un par de sillas francesas que acompañaban a cajas y artesanales jarrones de cristales de colores proporcionaban la teatralidad necesaria. Una isla del tesoro. Mi madre suele estar trabajando en ese espacio, le gusta zambullirse en él, olvidándose del tiempo. Sabemos que no le agradan demasiado las interrupciones, así que, procuramos molestar lo menos posible. La puerta cerrada deja entrever en el ancho pasillo un tenue resplandor acompañado de música clásica. Bach es su preferido. No la abro. Aunque sé que, si lo necesito, me atenderá. A veces, cuando nadie me ve, me gusta entrar y cotillear un poco,

bueno, queda mejor investigar. Estar a mis anchas con mi portátil en esa gran mesa es sensacional. Nunca toco sus papeles, sé que tienen un orden estricto y no quiero que se enfade. Quiero seguir entrando y usando la gran mesa, como si fuera mía.

Al mirar de reojo la pantalla de su ordenador vi dos pestañas minimizadas. No pude reprimir el impulso y maximicé la primera. La película estaba pausada y parecía un momento cumbre. Varios hombres con elegantes smokings negros miraban sus cartas, “congelados” entre el humo del tabaco. Quise que siguiera la acción. Se inició el movimiento. Nadie lo esperaba, sacó el as de corazones dejándolo caer sobre el tapete verde. Eso le hizo ganar la partida. ¡Cómo no! Un corazón...

En la segunda pestaña un e-mail de la universidad. Tensión, segundos también congelados. Preferí no abrirlo, en realidad ya sabía la respuesta. Ver sin ver. Esperaría paciente a que ella me lo dijera. Corazones... Sin razones. Gracias.